

FRANCISCO BAUZÁ

Para los que de esta vida mortal tenemos una idea exacta, y como exacta triste, la muerte de un hombre superior nos hace el efecto de la partida de un buque hacia el mar infinito, para un viaje que todos debemos hacer. Tras su estela se van nuestros pensamientos: unos lo siguen, otros se adelantan: y desde la orilla á que llega la onda amarga; cuántas veces el cuerpo entero quiere lanzarse tras aquella nave por la atracción de lo que se va más poderosa á menudo que la de lo que queda!

¡Oh nave de la muerte, nave amiga! ¡qué tesoro llevas esta vez y cómo nos dejas en la orilla ingrata!

Perdemos en verdad uno de los más sólidos talentos del Uruguay: pierde el Partido Colorado uno de sus servidores más convencidos, más entusiastas y más constantes; pierden las letras patrias uno de sus cultores más eximios y eruditos; pierden sus amigos, uno que fué, aún entre los rigores y acrimonias de nuestras luchas mezquinas, caballeresco y cortés como un hidalgo castellano de los tiempos heroicos. . .

El profundizó los orígenes nacionales y nos deja en la «Historia de la Dominación Española en el Uruguay» un monumento más duradero que el bronce: fué de los primeros que rehabilitaron y enaltecieron al Patriarca de los Orientales, á nuestro Artigas el de contornos legendarios como todos los fundadores de pueblos y naciones de grandes destinos; y estableció como nadie el génesis de la nacionalidad desde los primeros días de la conquista.

Se adelantó á muchos al expresar teorías sobre Bancos de Estado en los estudios teórico-prácticos sobre el Banco Nacional.

Estudió los hombres que concurrieron á formar la Constitución Nacional; y en vano se buscará en otra parte el

conocimiento de las ideas y del carácter de los autores del Código Fundamental.

Fué crítico social y literario cuando no los había en el país y deja páginas y juicios irrepreensibles sobre las primeras manifestaciones literarias del Uruguay, sobre el gaucho que es y será uno de los elementos típicos de nuestro pueblo; sobre costumbres y tendencias características del pasado.

Fué como orador: en los parlamentos un luchador de temple de acero; en los congresos de su religión un confesor sincero y elocuente de las creencias, un expositor y propagandista de altas miras.

Fué en el extranjero representante y defensor de los intereses nacionales, políticos y económicos, sereno, previsor y honestísimo.

Fué en el gobierno interior del país, cuando colaboró activamente, celoso de la autoridad y del prestigio nacional y laborioso como un benedictino.

Como orador, sus discursos de 1885 en la Cámara con motivo de la ley de Matrimonio Civil, son magistrales por la forma y por el fondo; los de 1887, impugnando las leyes de extrañamiento de ciudadanos considerados peligrosos, son la más noble y valiente defensa de principios constitucionales y derechos individuales que se haya oído en nuestro Parlamento; el discurso en la Tumba de los Mártires de Quinteros, en 1890, es una síntesis de filosofía histórica que se equipara á la magistral oración de Angel Floro Costa sobre el mismo tema y con ella constituyen dos páginas evangélicas del más glorioso de los partidos americanos; y los discursos sobre Artigas, Lavalleja, Suárez y otros que todos recuerdan, nos ofrecen las más variadas manifestaciones del pensamiento de BAUZÁ, en esa forma que impresiona un momento y que pocas veces trasciende para la admiración futura si no lleva los caracteres de las producciones geniales.

Y aún podemos buscar á BAUZÁ, en otras labores intelectuales que pocos conocen y que su modestia naturalmente esquiva no permitió apreciar á todos: en la enseñanza, él, que fué desde joven sostenedor de las buenas ideas para la reforma de la escuela, las llevó á la práctica fundando el Instituto Pedagógico y los Colegios dependientes de éste y escribiendo hasta sus textos, algunos de los cuales como el de Historia y el de los *derechos y deberes del ciudadano*, son modelos en su género, pero circulan anónimos, sin que

gloria ni provecho hayan dado á su autor, despreocupado siempre de la una y del otro en todas sus acciones.

Y con tal hombre, su país, sus conciudadanos, sus mismos correligionarios, han sido de una severidad excepcional; se le buscaron las faltas hasta en lo recóndito de la conciencia; se le escudriñó la vida; se le abultaron los defecto que como humano debía tener; y su existencia estuvo siempre rodeada de dificultades que concluyeron por imponerle un pesimismo, templado solamente por la fe que profesaba.

Pero ¿quién le negó en vida y negará ahora que era de una honradez acrisolada y que jamás dió á la juventud de su patria el ejemplo pernicioso de los que ofenden públicamente la moral y las costumbres? ¿Quién pudo arrojar de buena fe y con conciencia una sola piedra contra él por actos de esos que afrentan y deprimen aunque se revistan con el manto de similar de las reputaciones aparatosas?

El alma de BAUZÁ, no será ciertamente de las que pasen al otro mundo oprimidas por la capa de plomo que Dante impuso á los hipócritas.

Ahora ya no es nuestra su vida; ya no nos queda más que su memoria, sus obras, el ejemplo de su vida de acción y de labor; de su fe en los destinos gloriosos del alma y en los destinos de la patria que como pocos comprendió y definió desde los remotos orígenes de la idea nacional. El eco de su voz ya no resonará, ni en días tranquilos ni en horas tempestuosas en el Parlamento, en los Clubs ó en las Plazas. Sus amigos no comunicarán ya con él sus ideas, sus afectos y aspiraciones en la relación natural y animada!

La nave amiga ya está lejos, con su tesoro cubierto por la bandera nacional, por la bandera de los Orientales de Artigas, por la bandera de la Cruzada del 63 que es también un símbolo glorioso y nacional, y por la Cruz que es el emblema inmortal y la prenda de la única esperanza que no engaña. Desde la orilla, al despedirnos aplazando por un tiempo más ó menos largo el mismo viaje que has emprendido, conciudadano y amigo, te saludamos por la vez postrera y pedimos que haya entre los que quedan, paz y concordia, y que el respeto y la justicia se manifiesten antes de la hora en que sólo sirven para remordimientos y reproches infecundos!

Benjamín Fernández y Medina.

PÁGINA DE ORO

Entre Ninón, la rubia, y un turbio lampadario,
luchando con la Tisis yo estaba aquella vez;
y al pie de mi tarima, un rígido herbolario
fraguaba una receta de obscuro comprender.

—Os doy la vida, dijo blandiendo el recetario,
si todo vuestro oro ponéis en mi escarcel.
—¡No tengo!, respondió, pues soy un proletario,
ni el oro que quisierais, ni un pan para morder!...

—Bien! junto con el Día vendrá la Muerte aciaga,
pues yo no doy la vida sino á quien me la paga,
me dijo el nigromante; y así me abandonó.

Entonces, toda lívida, Ninón, la que yo adoro,
—¡Volved!, gritó, ¡sanadlo!, que aquí tenéis el oro;
y de un tijeretazo las trenzas se cortó!...

Oscar Tiberio,
Argentino.

La Plata.

RÉSPICE

Eres, según me dicen, bella Aurora.
tan procaz, atrevida y descocada,
que pareces mujer de vida airada
debiendo parecer una señora.

Antigua es tu flaqueza, no de ahora,
mas hoy que, por tu bien, estás casada,
¿por qué sigues haciendo, condenada,
papeles de sirena tentadora?

La gente, con razón, de ti murmura,
que para ello pie das á menudo,
y aunque mis consejillos no agradezcas,
por favor te lo ruego, ten cordura.
¿Que eres muy virtuosa? No lo dudo,
pero es preciso, á más, que lo parezcas.

Vicente Nicolau Roig.

LA GRIEGA

Sobre la turbia ola va el esquife
llevando á una mujer pálida y blanca;
y allá, en el horizonte, el arrecife.
como un negro cetáceo, muestra el anca.

Sopla viento propicio. Y va la nave
como un cisne gentil. Es la alba tela
de la vela, que besa el aire suave,
ala, que al ras del oleaje vuela.

La pálida mujer es una Diosa
que va, como en un trono, en la barquilla;
es una griega, ciega y valerosa,
que se fingió un país de maravilla.

Y va tras él muy pálida y muy blanca,
como una Emperatriz, sobre el esquife;
sin ver que allá, á lo lejos, muestra el anca,
como un negro cetáceo, el arrecife.

José M. Quevedo.

La Plata, 1899.

¡FAMOSO DON!

(Conclusión)

La calle Rampla se envolvía en sombras. Las bombinas eléctricas colocadas en los faroles de las esquinas, apenas iluminaban en la vereda un pequeño espacio, como si aún la misma luz, se reconcentrara allí, por miedo de perderse en aquellas oscuridades; los herrajes de los faroles, proyectaban sus sombras en las paredes sucias, dibujando, aquéllas, arañas de patas largas. Los zaguanes, silenciosos, negros y pavorosos como abismos. Las ventanas de las casas, cerradas; y sólo en una, que otra parte, la luz infiltrándose por los resquicios de los postigos, para anunciar un poco de vida entre tanta muerte.

El silencio, sólo era interrumpido por la voz de una joven que canturreaba, allá, en un segundo piso. La ventana del cuarto en que se hallaba, permanecía abierta, y en el balcón, había un brasero del que venía de tarde en tarde á retirar una plancha caliente.

Un momento hacía que un hombre ebrio, tambaleándose lastimosamente, había entrado á un zaguán, blasfemando con voz ronca; y á poco, se sentía, en la ventana que daba sobre la vereda—en la casa en que entrara—el llanto de una mujer, envuelto en ruegos y alaridos de criaturas, y la voz aguardentosa del borracho, dominando el desconcierto con insultos groseros.

De pronto apareció, desembocando por la calle de Muelle Viejo, una mujer seguida de un hombre. Ella, al entrar en una de las primeras puertas, se detuvo agitada, mirando á todos lados. El hombre se acercó diciendo:

—¡Atiéndame!... Se lo ruego. Y, cuando muy nervioso, iba á seguir hablando, de la oscuridad, del zaguán de al lado, se desprendieron tres sombras, que cayeron velozmente sobre él, al mismo tiempo que la mujer se escurría desapareciendo en el zaguán oscuro.

Los hombres, arrastraron hacia la calle al recién llegado, quien, víctima de un pánico horroroso, no se daba cuenta de lo que sucedía. Se hallaba envuelto en un tejido espeso, que le impedía todo movimiento y le enredaba las piernas y los brazos.

Los hombres, le habían apresado en una red, con pasmosa rapidez, y, á una, así que le tuvieron caído y enredado en el medio de la calle, mientras con una mano apretaban la malla, con la otra armados de palos que en la punta sostenían, atadas con cuerdas finas, una vejiga inflada, le sacudían de recio, entre gritos ahogados y risotadas, que apagaban las protestas, los gritos y los ruegos del hombre apresado, de cuya boca salían en todos los tonos los: «¡Villanos, villanos!»...

La joven del canturreo, interrumpió su relación de milagros y se abrieron algunas ventanas, en las que aparecieron los curiosos.

—¡Quiay? preguntó una vieja asomándose á una puerta.

—Un perro, contestó uno de los tres hombres, que no cesaban en su tarea.

—¡Pobre animal! gruñó la vieja, ocultándose nuevamente.

El caso no valía la pena y todos los vecinos volvieron á sus encierros.

El apaleado, había ennudecido. Cuando se apercibieron de ello los hombres, que fué cuando estuvieron hartos de descargar golpes, aflojaron la malla; pero el otro perma-

neció tendido en el suelo. Uno de ellos encendió entonces un fósforo, y agachándose, lo acercó al rostro del caído, quien ostentaba una herida en la frente, de la que brotaba la sangre, que le ensuciaba el rostro y la ropa.

—Che, te se jué la mano; exclamó el que tenía el fósforo, dirigiéndose á uno de los otros.

—Pué ser, me paició que l'había dao uno co'el palo; repuso éste. Y el que habló primero, levantándole un párpado agregó sorprendido:

—L'ha dao un baido. ¿Y aura?...

Tras un momento de duda y de silencio, el del fósforo, que parecía el más decidido, añadió:

—Vamo á recostarlo allá, contra l'esquina y espian-tamo.

La señora, en la puerta del cuarto se despidió de Barruel, quien se acercó, entonces, á la cama en que Marcelito se hallaba.

Su rostro pálido, se destacaba de la blancura de las almohadas. Tenía en la frente una ancha venda, por sobre la cual salían, en desorden, los mechones de su pelo negro. Clavó sus ojos grandes en Barruel, con aquella mirada dulce, de buen muchacho inocentón y sonrió amigablemente.

—¿Qué es eso? preguntó Barruel.

—Ya lo ves... Siéntate, contestó. Y con mucho embarazo, como quien piensa demasiado lo que va á decir y quien mide concienzudamente las palabras, siguió diciendo:

—No todas son flores, las que se recogen, cultivando relaciones amorosas. Lo que me ha sucedido no es nada imprevisto, nada nuevo en estos negocios. Todo, todo, absolutamente todo, tiene su lado bueno que nos hace gozar, y en el cual ganamos, y su lado malo, que nos hace sufrir, y en el cual perdemos. ¿No te parece? Sí. Sólo la casualidad, la suerte, ó como tú quieras llamarle, puede librarnos, á veces, del lado malo.

Yo he gozado mucho, muchísimo, enormemente, y luego he tenido que soportar un poquito de lo malo... Me hice amar por una mujer divina, encantadora, que me proporcionó todos los placeres que pudo... ; Un idilio invidiable de un mes!... El lado malo de ese amor enloquecedor, fué que ella era casada, y su marido se

enteró. ¡Te imaginas! La otra noche, nos sorprendió en nuestro nido—un nido ideal que había instalado—y tuvimos una lucha terrible, de la que resultó, él con un brazo y la cabeza rota, y yo, con esta herida en la frente, que me infirió con el mango de su revólver, y que será, tal vez, necesaria, para que mis amigos me crean ahora esta historia...—dijo con amargura y continuó: —Sí, me la infirió con el mango, pues no pudo descerrajarme un tiro porque ella se lo impidió, arrojándosele encima y gritándole: «Asesino, asesino, mátame á mí, pero no á él...» Lo que me reprocharé siempre, es el no haber llevado esa noche mi revólver, como lo pensé en el primer momento, cuando salí de aquí... ¡No me sucederá otra vez!...

Marcelito, hablaba despacio, sin mirar á Barruel y se pasaba la mano por el rostro, con desgano, como si se hallara aburrido á pesar de estar relatando una conquista admirable de su don. Después de una pausa, que pareció dedicar á filosofías, exclamó, con el desprecio más grande:

—¡Qué imbéciles son los maridos!

—Cuéntame todo, cuenta... Instó Barruel comprendiendo que era el deseo que había en el fondo de su amigo. Marcelito sonrió, y empezó, desde el principio, un cuento de mentiras, cuyo fin acababa de referir:

—Pues verás—fué el prefacio, dicho con aire confidencial.—No está bien que me dé corte; pero, te haré el gusto y ¡qué diablos! al fin y al cabo es una historia hermosísima.

Florencio Otero Mendoza.

Montevideo, Agosto de 1899.

ACUARELAS

Para Vidal Belo,
amigo y poeta uruguayo.

MATINAL.

En flámulas de eróticos trastornos
florece con belleza peregrina
la plástica riqueza de contornos
del raso de su carne columbina.

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



MANUEL J. SUMAY

Bajo el lino armiñal lleno de adornos
su mórbida escultura se adivina ;
carne de flor que los divinos tornos
tornearon con su gracia más divina.

Salta del lecho virginal, y leve
posa en la alfombra el piecesito breve,
voluptuosa y ligera como un hada

evocando románticas quimeras,
y al ver en el espejo sus ojeras
prorrumpe en una alegre carcajada !...

EN LA SIESTA.

Flota un vago silencio. El panorama
arde al beso del tórrido Febrero
y ondea los trigales el pampero
con soplos de bochorno. La oriflama

Celeste de la bóveda se inflama
con toques de turquí. Vuelve al alero
la obscura golondrina, y el boyero
se duerme sobre el lecho de la grama.

Hay génesis de vida en las corolas
y el arroyo serpea entre amapolas
murmurando cantares de fatigas ;

y corre, sudorosa, por el llano
la cálida silueta del Verano
entre un derroche colosal de espigas...

EN EL CREPÚSCULO.

Bajo un palio de azules campanillas
mi novia está radiante de hermosura
arrullando con cantos de ternura
la muñeca que duerme en sus rodillas.

¡Oh virgíneo candor ! ¡Oh maravillas
del germen maternal ! Su alma pura
delira por un ángel, con locura,
envuelto entre pañales y puntillas.

Al mirarla en sus juegos infantiles
luciendo el esplendor de sus perfiles
bajo un beso de oro del ocaso,

Me ocurre que su alma candorosa
entrebrea sobre el cáliz de una rosa
las alas eucarísticas de raso...

NOCTURNO.

Boga mi esquife por un mar de plata
envuelto entre las brumas del misterio ;
la blanca reina del celeste imperio
su disco inmenso en aquel mar retrata.

Revuelan en confusa cabalgata
los silentes arpegios del salterio,
rompe el aura su alado cautiverio
y en ondas perfumadas se dilata.

Y allá, á los lejos, en las playas solas
que en perlas cambian de mi amada el llanto,
si narra sus pesares á las olas,

llego ; y de amor en plácidos excesos
entre sus brazos improviso un canto
que ella en música pone con sus besos!..

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, Primavera del 99.

 UN AMANTE INOFENSIVO

 MINIATURA

Para mi amigo Julio Herrera y Reissig.

I

Con sus golpes metálicos y vibrantes, como rezongos de cobre, anunció las tres de la madrugada el viejo reloj poligonal del café Olimpo.

Débilmente iluminado, el amplio salón era la jaula de una veintena de trasnochadores, empedernidos y constantes, que envenenaban el aire en aquel teatro del Ocio, saturado de una atmósfera irrespirable, miasmática.

— ¡ Bemoles !.. ¿ Ya son las tres ?.. ¡ A acabar tocan ! — dijo Alberto, — tomándole los puntos á la última carambola, la definitiva en un partido estúpido, sin más interés que el de salir airoso en esa justa de la paciencia disfrazada de habilidad. Y la victoria fué suya... Se lavó las

manos prolijamente, amenizando la operación con un bostezo largo, interminable, por el que pareció que escapaban las fuerzas de aquel pobre organismo, enfermo de todas las intemperancias...

II

En las húmedas lozas de la vereda caen inseguramente los pies de Alberto, y sus pasos producen ecos siniestros. El agudo vaivén musical del pito que roba el sueño al vigilante en la misteriosa soledad de las noches, es el único compañero de aquel paria del cariño, aquel individuo de corazón marmóreo que muy pocas horas antes había celebrado con besos hipócritas, indignos, el primer aniversario de su casamiento... «¿Y qué excusas le daré á Celeste?... Las de siempre: eso es de cajón... Le diré que en el Club... los muchachos... la intimidad... ¡Cualquiera cosa! Es tan buena y tan...» Un fuerte acceso de tos, repleto de dolores y acompañado de una elocuente maldición que quemó sus labios secos, hizo cambiar de rumbos á la imaginación perezosa de Alberto, no acostumbrada á los sensatos devaneos de la razón...

III

Oprimiendo la llave entre sus nerviosos dedos, Alberto reflexiona otra vez... Está frente á su casa... «Pero... ¿qué le diré al fin de cuentas?... ¿Lo de siempre?... Bah! Entremos!»... Se cierra la pesada puerta y á la tibia claridad de un fósforo adelanta el noctámbulo en su camino... Va á entrar á su cuarto, pero se detiene... «¿Qué escucho?... — dice en el más inquieto de los asombros—; Esto es horrible!.. ¿Será verdad?... No! no lo creo... Pero se besan, sí, lo estoy oyendo... Ah! Celeste, me engañas y aprovechando mi mala costumbre de trasnochar te entregas en brazos de otro!... ¿Quién será ese otro, el infame, el traidor que me roba lo que sólo á mí me pertenece?... ¡Cada beso es una puñalada que me deshace el corazón!.. ¿Más, todavía?... Pero, ¿qué hago, en esta ridícula inacción? ¿Por qué no entro de improviso y mato á los culpables... sí, á los dos, *que hoy están demás en el mundo?*.. ¿Por qué soy tan imbécil?... ¡En fin, Dios me perdone, si cometo alguna barbaridad!» Se decide, y penetra furioso á la habitación.

IV

¡Qué sueño más raro el de Celeste! El Cristo de plata recostado en sus senos turgentes y alabastrinos, y apriornado en la jaula de oro de sus brazos mórbidos, recibía impasible aquel torrente de besos, regalados por unos labios de grana, con fuegos de trópico!..

Alfredo Varzi.

Diciembre de 1899.

 EN EL CIRCO

Para Julio Herrera y Reissig.

Cric-Crac, el *clown*, el payaso, entre muecas grotescas y contorsiones ridículas, fija una extraña mirada en aquel público que le arroja un mendrugo para que lo divierta. Y mientras el público ríe de sus gracias, un recuerdo muy triste—mariposa de alas negras—revolotea en torno de una luz que brilla en lo más recóndito de su ser, bajo el abigarramiento de los colores de su traje y la capa de albayalde que cubre su cara deforme.

Ríe el payaso, y en sus carcajadas hay rugidos de fiera herida; divierte á su público, y siente que lo odia. Le parece un monstruo cuyas múltiples bocas se abren en un bostezo hambriento de carne de parias.

Sí, una de esas bocas se tragó á *Eglantine*, aquella *ecuyére* rubia como un ángel, delicada como una sensitiva, pura como un lirio, que él amó mucho, como se adora á una imagen, como quiso el enano de *Notre Dame* á la enamorada del capitán Febo.

Seducida, y abandonada al poco tiempo, por un mozo del gran mundo, *Eglantine* fué luego de otro, y después de todos; y así, de dueño en dueño, de alcoba en alcoba, recorrió todas las bocas del monstruo, dejando en cada una de ellas un pedazo de su carne.

Por eso, al pensar que esa gente tiene algo suyo, que le ha robado la felicidad de toda su vida para gozar el placer de un momento, *Cric-Crac* siente ansias de ser un nuevo

Sansón, para abrazarse á una de las columnas del circo y aplastar al monstruo bajo el peso de la techumbre derribada.

Y mientras el *clown*, entre muecas grotescas y contorsiones ridículas, fija una extraña mirada en aquel público que le arroja un mendrugo para que lo divierta, en uno de los palcos, un niño sonrosado, delicioso con su traje-cito de marinero, sus bucles color de oro y sus ojos risueños, palmotea de entusiasmo, y, volviéndose hacia una señora que está á su lado, le grita:

— ¡Qué lindo, mamá!.. ¡Yo quiero ser payaso!

Felipe A. Oteriño,
Argentino.

La Plata.

FE

Á UNA MUJER

No creas que abdicando mi decoro
me muestre en el peligro vacilante:
¡caballero gentil de espuela de oro
llevo á la lid mi corazón gigante!

Entre los brazos del dolor fecundo,
sin una queja, debatirme quiero:
¡el dolor, en su fábrica del mundo,
deja las almas cual templado acero!

Ante el esfuerzo que mi ser ostenta
caerá tu duda reducida á escoria,
mas no quiero la púrpura sangrienta
para engendrar el astro de mi gloria.

En la cruzada en que mi vida empeño
no se traban los cuerpos en pelea:
¡la gloria que yo busco y con que sueño
se encuentra en las batallas de la idea!

Llevo un algo inmortal, y con su ayuda
encadenar á la materia puedo:
un algo que me guía y que me escuda
y hace á mi ser inaccesible al miedo.

Si á vagar cual nocturno caminante
sobre la tierra me arrojó el destino,
lo mismo que luciérnaga brillante
yo voy iluminando mi camino.

El fuego fatuo que á tu ser medroso
y que á tu pecho femenino arredra,
es la luz de un brillante primoroso...
que no es, al fin, más que carbón de piedra!

Pero ese resplandor que á mi existencia
de un foco inmenso le señala el rastro,
es una chispa de divina esencia
que me une para siempre con un astro.

¡ Siempre existe una senda peregrina
para cruzar las vastas soledades,
y yo tengo esa luz que me ilumina
para surcar mi negro Tiberiades!

La orgullosa razón no es un delirio
pero una antorcha sideral tampoco:
¡ la llama humilde de encendido cirio
se nos antoja refulgente foco!

Para encontrar al Dios de mi cariño,
si el horizonte sin cesar se ensancha,
la fe me basta—¡cual luciente armiño
la conservo sin sombra de una mancha!

¡ Mujer!—no tiembles porque ya se escuche
tronar sobre mi frente la tormenta:
escudándote en mí, deja que luce...
¡ una fuerza titánica me alienta!

Embárcate en mi góndola que ufana
surca el airado mar con rumbo cierto
¡ conmigo va el fulgor de la mañana
y llegaré, sin zozobrar, al puerto!

¡ Seguro estoy, mujer!—Ya no me aterra
ni me preocupa del futuro el velo.
¡ Los hombres, si nacimos en la tierra,
con fe, podemos escalar el cielo!

José Cibils,
Argentino.

Rosario de Santa Fe.

NOCHE DE AMOR

Fué en una noche bella ¿recuerdas? Temerosos
 Los rayos de la luna cruzaban el balcón,
 En tanto que mis labios besaban voluptuosos
 El sitio en que latía tu tierno corazón.

Después cenamos juntos. Los vinos generosos
 Forjaron en mi mente fantástica ficción,
 Y vi cruzar tu efigie con pasos silenciosos
 Por el letal desierto de mi última ilusión.

Más tarde entre mis brazos tu carne sonrosada
 Vibró como una lira por el placer pulsada,
 Y entre sus alas de oro nos estrechó el amor.

Y cuando ya de nuevo, el sol resplandeciente
 Su enorme disco rojo mostraba por Oriente,
 Sobre el mullido lecho tu cuerpo era una flor.

José Pardo,
 Argentino.

ESPEJISMO

Para LA REVISTA.

Es una selva misteriosa y fantástica, un gigantesco bosque de Hoffmann, bajo cuya fronda intangible, brillan, en un crepúsculo dantesco, las luces engañosas de las traidoras mansiones de los Ogros.—Una selva imposible, poblada de quimeras y de centauros, de escamosos dragones ígneos, de grifos rampantes, de lobos famélicos, que persiguen á niñas indefensas, por sendas tortuosas y extraviados atajos; de castillos fabulosos, escondidos entre zarzas impenetrables, habitados por bellas princesas durmientes, por hadas y magos de hierático gesto y de vestimentas deslumbrantes. Una ciclópea selva de frondas violáceas, apenas visible, esfumándose allá, muy lejos, en los vagos lindes del país del Misterio, donde abre sus ojivas de oro, sobre la llanura celeste del Ideal, la torre de marfil del Ensueño...

Su visión extraña me persigue como una obsesión,

desde mis primeros pasos sobre la tierra. Los ojos de mi espíritu la contemplan, — cada vez más distante, — vaga, nublosa, inaccesible, como un miraje ultraterrestre, como el quimérico espejismo de un país remoto, que acaso hemos habitado en otro tiempo, y del que apenas conservamos pálida y confusa memoria.

Yo quisiera llegar hasta ese bosque imaginario, límite de una región mirífica é ignota, y pasearme bajo su cripta gigantesca, entre el Dédalo de sus borradas sendas impenetrables, donde encarnó la Psiquis misteriosa en mi frágil envoltura corpórea!... Pero me lo impide la linfa rugiente del turbio Leteo, en cuyas márgenes cubiertas de nieblas, extravié los rumbos de esa Cólquide mística; en cuyas negras ondas cuajadas de monstruos, perecieron todos los recuerdos de mi vida extraterrenal, de mi existencia de ultramundo... Porque ese país fabuloso é intangible, está más allá de la cuna, y para tornar á él hay que descender antes al antro negro é insondable del sepulcro.

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Noviembre 24 de 1899.

FIDELIDAD

Como se adhieren al vetusto muro
 Las tallos trepadores de la hiedra
 Y cual, ansiosa de vivir, la liana
 Al árbol secular se une en la selva,
 Así, querida, la memoria mía
 Se adherirá por siempre á tu existencia
 Si aleja nuestros cuerpos la distancia,
 Mas nuestras almas para siempre acerca,
 Porque depura los afectos mutuos
 El crisol deparado por la ausencia.

¿Por qué temes que el ave del olvido
 Pueda abatir ahí sus alas negras?
 La del recuerdo, de las alas áureas,
 Gratos mensajes llevará hasta ella,
 La virgen de ojos cual la noche oscuros
 Y voz más dulce que la miel hiblea:
 Le dirá que en la tarde y la mañana

Todos mis pensamientos van á ella,
Como van los arroyos á los ríos,
Cual van los ríos á la mar inmensa;

Que nosotros seremos cual dos alas,
Que nosotros seremos cual dos ruedas,
Buscando siempre por la misma ruta
De nuestra dicha la anhelada meta.
En el aire, en la nube y en el astro
La imagen de tu ser hasta mí llega,
Así cual en el yermo, en sus deliquios,
La imagen de su Dios mira el asceta.
En los giros del viento perfumado
Oigo tu voz, que música remeda.

Más grata que la impresa por la brisa
Del arpa eolia en las vibrantes cuerdas
Y como aquélla del cantor de Tracia
A cuyos sones domeño las fieras.
¿Por qué temes que el ave del olvido
Pueda abatir ahí sus alas negras?
Tu imagen seguirá con mi memoria
Como siguen dos alas y dos ruedas,
Mientras tu ser y el mío, un mismo polvo,
No depositen en la oscura huesa.

Aureliano G. Berro.

Treinta y Tres, 30 de Noviembre de 1899.

FRUTO ENFERMO

I

Eran aristócratas.

Ella, menuda, delicada, adorable, parecía una de esas estatuillas de porcelana que por lo frágil nos hacen pensar en la posibilidad de una ruptura. Tenía airecillos de reina, melosidades de gatita golosa, caprichos de *cocotte* regia: todo ese *flirt* de la mujer de mundo, linda y admirada; que tras una serie no interrumpida de bailes, de coqueteos, de giras campestres y de noches de ópera, ha vivido en veinte años lo que otras mujeres en cincuenta. Él, ruina lamentable de un pasado borrascoso, pero todavía erguido, todavía arrogante, con ingenio suficiente para ocultar sus desgastamientos físicos con el deslumbrante efecto de un

exterior falso, tenía una pesadilla, negra, trastornadora, que amargaba su presente y oscurecía su porvenir: no ver el día en que perdido el ya escaso crédito que aún le restara para con el sastre, le fuera preciso verse obligado á mendigar un empleo de veinte pesos en algún ministerio.

Llegaron á conocerse de la manera más común entre personas de su posición. Viéronse por vez primera en Solís, cierta noche de Agosto en que Tamagno cantaba *Otello*. Ella, indolentemente arrellenada tras el rojo *peluch* de la barandilla del palco, exhibía su desnudez flexible y angulosa por entre las sutiles gasas y las suaves ondulaciones de su escote exagerado, cuya blanca seda, relampagueaba, lanzando vívidos destellos bajo los blancos chorros de luz que caían de lo alto, desde la gran araña central; en tanto que él, muy elegante, muy correcto, con los retorcidos mostachos pringosos de cosmético, ocupaba un asiento allá abajo, en la segunda fila de butacas, ocultando su podredumbre bajo la negrura del bien cortado *frac*, donde la pechera recta y límpida formaba un gran ángulo blanco, de un blancor de tumba.

Jamás se habían visto, jamás sus cuerpos habían tenido ocasión de restregarse en medio de las voluptuosas giras de un *vals*, y fué allí, durante un entreacto, en medio de aquella atmósfera enervante, de aquellas exhalaciones cálidas, donde sus ojos se encontraron por vez primera á través del azulado vapor que desteñía la sala.

Verle y romper á reír, fué todo uno. — ¡Calle, si es idéntico al monito de casa! exclamó riendo, sacudida toda ella por un gran temblor, por una crisis de felicidad loca en que pareció resquebrajarse el aporcelanado esmalte de su carita de muñeca rubia. Y se reía, se reía como una chicuela precoz y maliciosa, á la vista de aquellos bigotazos imponentes, de aquel cráneo lustroso, comido por la calvicie, de aquellos ojillos inquietos y retozones de viejo títere que con tan ardiente fijeza la miraban. Y porque sí, porque tenía gusto en ello, continuó mirándole, correspondiendo de esta manera al dragoneo en ciernes. Luego, á la salida, cuando para tomar el carruaje que la aguardaba atravesó el vestíbulo, le volvió á ver de tan cerca que su aliento le quemó el cuello.

II

Seis meses después y tras un noviazgo á toda prisa en que casi faltóles tiempo para robarse un beso, se casaron. Ella porque sí, porque tal cosa se le puso en su cabecita hueca, por satisfacer un nuevo capricho de mujer madura, atemorizada de llegar á los treinta y cinco Añiles en perpetuo estado de castidad, y adquirir el mote de solterona, sirviendo de blanco á la mordiente maledicencia de sus amigas, quienes se darían el gusto de decir que había quedado para vestir imágenes. Él, no por amor, no subyugado por aquellos ojos esmeraldinos de rubia pálida, cuyos cabellos de oro rodeándola de una aureola luminosa la hacían parecer una virgencita ideal y coquetuela, sino en la esperanza de poseer aquella gran fortuna que ella pronto heredaría de su padre, banquero de nota, ídolo hueco vaciado en oro, regordete y panzudo como un Dios Azteca, como un Bhudda de las pagodas de Pekín ó de la India.

El idilio, la luna de miel tan decantada, tuvo en ellos escasísima duración. En la casa que habitaban, pequeña y elegante como una bombonera, como una canastilla de bodas, pronto acabaron por fastidiarse. No dejaban de comprender el interés recíproco que los indujera á realizar semejante unión; en el estudiado amaneramiento, en la ceremoniosa etiqueta con que revestían sus menores actos, adivinaban la falsía de sus halagos; pero como eran seres dotados de un buen sentido práctico, haciendo uso de una política amplia y tolerante cerraron filosóficamente los ojos á toda digresión que por un momento pudiera hacer peligrar el equilibrio de aquel tan necesario *statuo quo*. Con el tiempo, él acabó por mirarla como á una querida peligrosa, de quien no es fácil deshacerse sin correr grave riesgo; ella, como á un objeto decorativo, indispensable para exhibirse en público y disfrutar á su sombra de una libertad ilimitada. Sin embargo, muchas noches, en la alcoba, á la luz discreta de la lamparilla, cuando ella le veía dormir plácidamente á su lado con la boca entreabierta, una sorda rabia la hacía buscar el borde del lecho y estarse allí muda é inmóvil, con los ojos muy abiertos, fosforescentes, iluminados por un fulgor extraño.

¡Aquel hombre banal y ridículo era su esposo!... le

miraba fijamente, con una curiosidad extática, como si nunca le hubiera visto. Su amor propio de mujer sufría; y exasperada, humillada, pareciéndole ver en él á un intruso que de repente se hubiera interpuesto á su felicidad, su corazón protestando con la indignación de una cólera orgullosa inducía á negar el dominio que pudiera haber llegado á ejercer sobre ella. No obstante, un año después, cuando tuvieron el primer hijo, una especie de lazo pareció acercarlos más, haciendo desaparecer el hondo vacío en que meses antes se revolvían. Poco á poco, lentamente, encantadora familiaridad se estableció entre ellos, é hizoles olvidar sus pasados rencores, como si ahora, mucha parte de este amor prodigado al hijo también alcanzara á los dos.

El chicuelo, enclenque, anémico, parecía uno de esos muñequitos de cera que vense expuestos en los escaparates de las chicherías. ¡Cuántos cuidados, cuántas infinitas precauciones para bien de preservarlo del frío, del sol, de la humedad! Creció envuelto en acolchados y algodones, al calor de la estufa, como planta enferma destinada á hacer vida de invernáculo; y aunque se sucedieron épocas de engañoso bienestar, meses enteros en que la presencia del médico se hacía innecesaria, muy pronto, cuando hubo cumplido los tres años, una nueva crisis mucho más aguda que las anteriores conmovió su débil organismo, haciendo que todo aquel falso andamiaje que hasta entonces habíale venido sosteniendo, se desmoronase, aplastado, carcomido por la enfermedad que se rebelaba victoriosa.

Cayó en cama, sus fuerzas menguaron, y un enflaquecimiento progresivo apoderóse de él, al propio tiempo que el cuello, las ingles, las endebles articulaciones, se hinchaban dolorosamente hasta el punto de parecer próximas á estallar, cual si todo aquel relleno fofo que más de una vez le había hecho parecer fornido y rozagante, ahora se refugiara allí queriendo abrir brecha para evadirse. Entonces los médicos le visitaron nuevamente, y una nueva vida, de angustias, de sobresaltos, de crueles sufrimientos, comenzó para los padres.

¡Ah! ¡qué dolor, qué angustia, qué abominable fatalidad! Y aquella casa, pequeñita, templada, con coquetearías de nido, con discretas oscuridades en las alcobas y alegres manchas de sol en el patio y corredores, aquella casa continuamente alegre con los trinos retozones de los

canarios y las límpidas notas arrancadas al piano, ahora estaba triste y silenciosa, aplastada por un silencio de infinita desesperación, como si la muerte revolotease por todos sus ámbitos buscando una salida. Una oleada de pesar, de angustioso recogimiento, pesaba sobre ella presagiando la proximidad del desastre. Fuera, en el patio blanco y bañado de sol, los canarios piaban quedo, ocultando sus doradas cabecitas bajo el ala temblorosa; el piano, mudo, polvoriento, perdido en un rincón de la sala envuelta en sombras, parecía feliz en medio de su holganza; en tanto que allá dentro, en la alcoba moribunda, somnolienta, oliendo á botica, el enfermito agonizaba entre la fría blancura de las sábanas revueltas: agonizaba lentamente, sin fuerzas para quejarse, sin que el menor rastro de vida brillara en sus ya vidriosos ojitos celestes. Se extinguía roído por la enfermedad tenaz, disecándose insensiblemente como un pobre pajarillo enfermo, con los rubios cabellos pringosos de sudor y el diáfano pellejo adherido á los huesos.

Ah! todo ahora iba á concluir. Era aquello el acabóse, el trágico desenlace, el fin tan temido y donde la ciencia una vez más resultaría vencida. Sin embargo, transcurrieron días, semanas, meses, y la horrenda agonía no terminaba. Los padres, aterrados y llorosos, con el corazón oprimido por el remordimiento, continuaban velando junto á la camita donde yacía el enfermo, donde yacía aquel pobre ser raquítico y miserable, único fruto que habían sido capaces de dar al mundo. Ambos espiaban las bruscas alternativas de la enfermedad, la violácea palidez de aquel rostro agonizante, de aquella frente siempre húmeda, de aquellas facciones que surgían de relieve como trabajadas sobre duro marfil. Nada existía para ellos: los periódicos, las novelas, todo lo habían abandonado, y, cosa particular, no obstante este continuo acercamiento, este contacto diario que los retenía durante tantas horas juntos, cierto malestar doloroso é insoportable los alejaba cada vez más. De noche, en la alcoba, lejos del blanco círculo de luz proyectado por la lamparilla, los dos permanecían silenciosos, sin decirse una palabra, aparentando dormir arrellenados en sus sillones, sobrecogidos por aquel gran silencio que desprendíase del techo, de los muebles, de los dormidos muros, y que apenas turbaba el acompasado *tic tac* del péndulo del comedor, que se dejaba oír como el débil latido de la casa dormida. Un odio mortal,

un mismo pensamiento de repulsión, los dominaba. Ya no existía entre ellos aquella familiaridad dulce y encantadora de años antes. Muchas veces, si al arreglar la colcha ó al poner la cabecita del enfermo sobre la almohada sus manos llegaban á encontrarse, á este contacto, pareciendo recibir una violenta sacudida, volvían á apartarse nuevamente. Ahora, las noches, eternas, inacabables, de una monotonía aplastadora, era para ellos un verdadero martirio. Luego, cuando la claridad temblona y crepuscular del alba comenzaba á invadir poco á poco la habitación, blanqueando los muebles, diluyendo las sombras, haciendo palidecer la luz de la lámpara cuya mecha carbonizada despedía tufo, entonces sentíanse más tranquilos, más serenos. ¡Qué satisfacción, qué felicidad, qué inmenso alivio! Por fin, aunque fuera por pocas horas, ya no estarían solos, solos con sus remordimientos, con sus convenciones, con sus odios de culpables y de cómplices.

Pero esta situación violenta, esta obstinación estúpida y brutal de la enfermedad rebelde que parecía gozarse en jugar con su presa, prolongándole y quitándole la vida á sorbos, á pequeñas pociones homeopáticas, acabó por exasperarlos: y cierto día, hacia el amanecer, tras una mala noche pasada como todas las anteriores, mal abrigados, ateridos de frío, dormitando en sus sillones junto al lecho del enfermo, ellos despertaron ávidos de luz, de aire, de satisfacer la imperiosa necesidad de anonadarse entre la blancura de sábanas limpias, de volver á gustar de todos aquellos placeres que tanto tiempo hacía no saboreaban; y aunque nada se dijeron, un grito, ese grito del egoísmo humano, de la bestia ya harta de sufrir por sus semejantes, les subió á los labios.—¡Dios mío! ¿cuándo concluirían aquellos sufrimientos, cuándo?... Y era verdad: si la presa no escaparía, si el edificio estaba minado hasta la base, ¿por qué la catástrofe se hacía esperar tanto?... No sería mucho mejor que terminara de una vez tan insupportable martirio, para bien de todos?

No eran las cuatro, y á través de los cristales lamidos por el húmedo hálito de la madrugada, veíase el cielo, un cielo claro y risueño con lujos de primavera y ardores de juventud. Bajo él, Montevideo despertaba. Una niebla vaporosa y sutil, un tul de indecible blancura, medio esfumaba sus edificios, sus tejados, las negras cúpulas de las iglesias, como el velo blanco y trasparente de una novia. Y en aquella mañana, bajo aquel aspecto, la ciudad tenía

algo de inmensamente seductor: exhalábase de ella esa frescura, esa dejadez, ese abandono sensual y voluptuoso de la mujer que acaba de saltar del lecho, con los pies desnudos, y las doradas crenchas caídas sobre el peinador blanco que deja entrever las formas.

¡Ah!, vivir, entregarse de lleno á nueva vida de goces y placeres, tal era el grito que estallaba en ellos ante semejante espectáculo. Sí; después de tantos meses de angustia como habían pasado, sentían la necesidad de vivir, una necesidad imperiosa, inconsciente, casi brutal, que se posesionaba de ellos despertando los sentidos muertos, haciendo revivir sus carnes. Enardecidos, evocaban el pasado.

Ella echaba de menos las noches de teatro, los paseos al caer la tarde por la calle 25, la aristocrática misa de una, á que asistía, todos los domingos en la Catedral: él, la timba, el café, las aventuras entre bastidores, la mesa del Club donde cada noche ponía veinte pesos á una carta.

Y así, sumidos en estos recuerdos cuya evocación no hacía sino despertar en ellos nuevas ansias de libertad y de goces, él y ella continuaron junto á la ventana, hasta que el sol ya alto, les dió en el rostro. Luego, como sus miradas se encontrasen, los dos quedaron aterrados adivinando que el mismo pensamiento criminal los dominaba.

Desde entonces á través de aquel lecho de agonía, parecía que se espiaban, que una sorda guerra se hubiese declarado entre ellos. Ya no tuvieron porqué ocultar más sus rencores y en sus movimientos, en sus miradas, hasta en el mismo silencio, lo revelaban. Y si más de una vez deseosos de escupirse la negra bilis que los ahogaba no se lo dijeron todo, era porque la víctima interponiéndose entre ellos sellaba sus labios, impidiendo que saliera toda aquella podredumbre y salpicara hasta él.

¡Oh! nada de gritos, de escándalo, de palabras soeces y mal sonantes. En la estancia moribunda, llena de estertores, era aquello un combate sordo, disimulado por la hipocresía más refinada.

III

Han pasado algunos inviernos.

La casita, pequeña, templada, con coqueterías de nido, con discretas oscuridades en las alcobas y alegres man-

chas de sol en el patio y corredores, ha vuelto á recobrar aquella alegría de antaño... Los canarios, inquietos, febriles, retozones, cantan hasta desgañitarse, brincando por sobre las flexibles varillas de sus lujosas jaulas; el piano, ahora siempre abierto, enseñando su dentadura blanca y negra, inunda toda la casa con cascadas de notas, y los dos culpables parecen felices, como olvidados de aquel pasado doloroso.

Ella, cada vez más enjuta, pero muy coqueta, muy elegante, con sus eternos airecillos de reina y melosidades de gatita golosa, sale á paseo todos los días, y de noche asiste á menudo á teatros. El, en la última crisis de los cincuenta se da colorete y usa peluca. Ansía parecer joven á toda costa. Tiene remilgos de señorita y refinamiento de muchacho glotón: prefiere la fruta pintona, de mucho efecto pero aún no sazónada.

Empero, no todo en la casa es alegría; aún queda algo así como un rastro, como una sombra del crimen. Muchas veces allá junto á un rincón del patio blanco y lleno de sol, se oyen sordos quejidos: es el enfermito, que envuelto en algodones, medio aplastado entre las rugosas almohadas de un pequeño rodátil de mimbre, abandonado de todos se queja en silencio.

Allí está, plegado, retorcido, tomando su baño de sol, devorado por las escrófulas que agujerean todo su cuerpecito enclenque, saliéndole en las ingles, en el cuello, en las doloridas articulaciones.

Se le podría tomar por un mísero pingajo humano, por un montón de carne muerta, grotesco aborto de toda una raza de degenerados. Una baba blancuzca y mal oliente, acaso arrancada por la impotencia, cae de sus labios flojos.

Allí está, mudo, sombrío, en la inmovilidad del no ser. De su garganta sólo brotan sonidos inarticulados, gritos guturales: tal vez voces de inocente que clama justicia!!...

Juan Picón Olaondo.

Montevideo, Diciembre 12 de 1899.

PICTÓRICAS

Romántico artista, ven,
tú que sueñas todavía
con que la gloria algún día
llegué á besarte en la sien.

Subamos hasta los hielos
en donde el alma se inspira
y más hermoso se mira
el palio azul de los cielos.

Tan luego que el pie deslices
entre aquellos niveos bloques,
verás arrogantes toques
y delicados matices.

Romántico artista, avanza
y mira desde esta cumbre,
cómo colora la lumbre
paisajes en lontananza.

Aquí admiremos los dos
el firmamento infinito,
página inmensa que ha escrito
la misma mano de Dios.

Desde estos erguidos montes
se ven grandes armonías
y las vagas lejanías
de pálidos horizontes.

La luz las nubes traspasa
en un filón del confín
con colores de carmín
y transparencia de encaje.

Después con regio decoro
y contrastes pintorescos,
va diseñando arabescos
de nácar, púrpura y oro.

Luego empiezan los primores
de otros tonos á irradiar,
y la última luz solar
se desmenuza en colores.

La claridad aquí asombra
y en la hondonada hay capuz:

arriba ensancha la luz,
abajo entume la sombra.

La admiración arrebatada
y simula el lago al frente,
lámina fosforescente
de un reverbero de plata.

En él, lejos, se divisa,
en estas serenas horas,
a las balsas pescadoras
que apenas mueve la brisa.

En su ribera no hay frondas
que el bardo entusiasta alabe,
pero á flor de agua va el ave
revoloteando en las ondas.

Artista : hoy acá palpitan
bellezas para el poeta
y acá se halla la paleta
que tus lienzos necesitan.

II

Todo cambiado aparece:
la luz está agonizante
y al celaje, en un instante
la sombra lo desvanece.

Bajemos. Negro crespón
se extiende como un sudario:
y la voz del campanario
está sonando á oración.

Al par que vientos helados,
avanza la noche fría
y negra melancolía
cubre á los mustios collados.

Renato Morales.

Perú, 1899.

A SU BALCÓN

La estación de la luz formó tu ambiente
Con suspiros de glaucas primaveras,
Y tejieron tu sombra, las palmeras
Que se cimbran gentiles á tu frente.

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



UBALDO RAMÓN GUERRA

La Ofelia astral de la región luciente
Te dió, en las noches de mi amor primeras,
El ropaje sutil de las quimeras
Que exornaban mis sueños de creyente!

Mis trovas de pasión entre tus ramas
Suspendieron el nido del deseo
En que anidara un corazón de llamas!...

Y hoy, cuando al pie de tus cimientos canto,
¡Soy la queja de un alma de Romeo
Ascendiendo en la escala de mi llanto!

Ubaldo Ramón Guerra.

NOTAS DE REDACCIÓN

Hemos recibido el libro de Francisco García y Santos titulado «Alcoholismo». Lo componen 46 páginas bien impresas en los talleres de *La Nación*.

El autor piensa bien, y con acierto, sobre esa plaga, tan peligrosa para la sociedad, que día á día aumenta, del modo más alarmante, haciéndose necesario un remedio pronto y enérgico que impida su mortal desarrollo en nuestro país. Estudia el señor García y Santos esta odiosa epidemia del vicio con un detenimiento y una profundidad encomiables, citando autores, recurriendo á estadísticas, apoyándose en bases seguras de análisis y observación, y en fin, relacionando el asunto que da título á libro tan bueno como útil, con la locura y la criminalidad, cuyos crecimientos están en relación directa con la embriaguez, madre de todas las calamidades sociales.

Con esta nueva producción revela una vez más el inteligente compatriota, sus sólidos conocimientos sobre esta materia, que ha dado origen á toda clase de controversias y polémicas, siendo constante preocupación de sociólogos y estadistas que ven en el alcoholismo un problema de indispensable é inmediata resolvenca, cuya desaparición completa importaría lógicamente la clausura de muchas cárceles y manicomios, así como la felicidad de muchos hogares.

Por lo que respecta á la forma, el distinguido autor del libro expresa con soltura y claridad de estilo, ideas tan

prosaicas y mundanas como las que necesariamente forman, por decir así, el tejido de la obra. No fué su ánimo hacer literatura, pero tampoco cometió irreverencias con el lenguaje y se conoce que piensa como Rossini que decía: «Sufro oyendo ruidos que no tengan armonía».

Concluye hoy el hermoso cuento de nuestro inteligente amigo Florencio Otero Mendoza, que se ha revelado escritor de nota, exhibiendo en un estilo transparente y libre de tropiezos, ingeniosas ideas, y mostrándose analizador del espíritu y descriptor feliz de la naturaleza. Lamentamos que en el número anterior, no haya salido á la publicidad una de sus páginas más valiosas en que el autor describía con rigor de pincel, realmente encomiable, las barracas de carbón ubicadas en el costado Norte de la ciudad. Dicha página dejó de publicarse debido á una trasposición de caja, y mantenía la hilación del relato, entre el final de la parte que vió la luz en el número 7 y el principio de la que salió en el número pasado.

De cualquier modo, el trabajo de Otero Mendoza resulta muy bueno, y por ello lo felicitamos y nos felicitamos.

Llamamos la atención á nuestros lectores sobre los nuevos aureolados que ingresan en nuestro brillante cuerpo de Redacción, presentándose en el honroso palenque de la publicidad, armados como ricos y valientes hidalgos, que nada tienen que temer, y á quienes se saluda con el «adelante» clásico que vibraba en los nobles torneos medievales. Ahí van sus nombres: José Pardo, argentino; idealista en la concepción, escultor en la forma. Su estro resuena en las tibias oscuridades de las alcobas, y la gasa vaporosa de sus ensueños envuelve la carne virgen y ondulante de la estrofa ebúrnea, que modela con un cincel realmente Herediano. Renato Morales, peruano de nacimiento, griego de espíritu. Compone con Chocano y Mostajo un trío armónico que vibra intensamente en el teatro de la literatura peruana. Si Chocano es el albatros que remonta el vuelo al son de la tempestad, y Mostajo la paloma que arrulla suavemente en el alero de los hogares campestres, Renato Morales como Psiquis dibuja en sus alas de nieve paisajes melancólicos vistos en sueños de voluptuosidad.

Alfredo Varzi, distinguido compatriota y amigo, es por demás conocido como escritor de talento, que hace gala de ingenio y usa con refinada sobriedad de un aticismo que es individualmente suyo y que ha conquistado desde mucho antes nuestro más imparcial reconocimiento.

Retirado no sabemos porqué del modesto campo literario de nuestro país, vuelve con nuevos bríos á la lucha, y en un estilo plástico, elegante y educado, por el que se conoce que ha pasado el cincel, exhibe una concepción verdadera en su fondo y de un efecto final que agrada por la originalidad y la belleza cuasi fantástica que encierra, y al que un crítico llamaría: sorpresa de Mendés.

Juan Picón Olaondo, uruguayo, y muy amigo, no necesita otra recomendación que la que hacemos á nuestros lectores de que lean su precioso cuento « Fruto enfermo ». En regio estilo naturalista, de corte Zolaniano, envuelve su piqueta psicológica y su pincel vigoroso. No tiene escrúpulos en llamar á las cosas por su nombre, y su escalpelo visita los palacios, donde hay cadáveres que se mueven, como los hospitales en donde expiran los anónimos de la sociedad. ¡A todos estos buenos amigos, gracias por su visita!

Acusamos recibo de un folleto que ha publicado el inteligente Inspector de Escuelas del Durazno don Julián Becerro de Bengoa. Se titula: «Ciclo Escolar», y versa sobre materias de enseñanza pública. Es un mentado proyecto sobre movilización de escuelas rurales, que se presentó recientemente á la Dirección de Instrucción Pública. Dejamos á las autoridades en la materia que juzguen de él.

Desde el número próximo saldrá LA REVISTA con cuarenta y ocho páginas, nítidamente impresas, y con todas las reformas anunciadas anteriormente. En vez de salir el diez y el veinticinco de cada mes como lo habíamos anunciado, aparecerá como hasta ahora el cinco y el veinte, no alterándose como queda dicho, las fechas de la salida.

El número entrante del 5 de Enero próximo, llamará la atención por las producciones que engalanarán sus páginas, producciones que llevarán la firma de autoridades literarias descollantes en nuestro país y en el extranjero. La

colaboración militar y científica no será menos importante que la literaria, pues estará representada por nuestras primeras ilustraciones.

Con el número de hoy termina el primer tomo de LA REVISTA y con el del 5 de Enero se abre la segunda serie de nuestra publicación, ó sea el segundo tomo, el que se clausurará el 20 de Junio del año entrante.

El tomo I de LA REVISTA está formado, como se verá, por 288 páginas, en las que figuran como lo marca el Índice que publicamos, los primeros literatos del país y muchos extranjeros, de primera categoría. Figuran en dicho primer tomo 123 producciones, siendo sus autores por orden de número, orientales, argentinos, españoles, peruanos, chilenos, mejicanos, brasileños y paraguayos.

Los suscriptores que conserven la colección entera de LA REVISTA y quieran encuadernarla pueden hacerlo á un precio módico en el artístico taller de «El Siglo Ilustrado», donde se imprime nuestra publicación. Les resultará un hermoso libro, lleno de interesante lectura, y un valioso adorno, con perdón de nuestra modestia, que no debiera faltar en ninguna biblioteca del país.

A todos los distinguidos colaboradores y suscriptores de nuestro quincenario, gracias á millares por la eficaz protección que nos han dispensado, y ahora sólo nos resta decir en obsequio á la galantería, más que á cualquiera otra cosa : ¡ Feliz año nuevo, caros lectores, y que la fortuna os sea propicia !

FIN DEL TOMO I

INDICE

	PÁGS.
<i>La Dirección</i> —Programando	1
<i>María Eugenia Vaz Ferreira</i> —Triunfal	7
<i>Arturo Giménez Pastor</i> —Prosa de álbum	8
<i>Santiago Maciel</i> —El Arte Tribunicio.	9
<i>Toribio Vidal Belo</i> —Noche Blanca	15
<i>Juan Zorrilla de San Martín</i> —Concepto de la Literatura	16
<i>Carlos Martínez Vigil</i> —De mi cartera	19
<i>Eltas Regules</i> —Flor del campo.	21
<i>Benjamín Fernández y Medina</i> —Pensamientos	22
<i>Roberto de las Carreras</i> —Galantería para con LA REVISTA	25
<i>Tomás Claramunt</i> (español)—Correspondencia	27
<i>Adalberto Soff</i> (brasileño)—Opera popular.	28
<i>María Eugenia Vaz Ferreira</i> —Un sano	30
<i>La Redacción</i> —Notas	31
<i>Pedro Manini Ríos</i> —En defensa del Football	33
<i>Ubaldo Ramón Guerra</i> —Primavera	35
<i>Santiago Maciel</i> —En el bajo	36
<i>Pedro Ximénez Pozzolo</i> —Laureles.	39
<i>Samuel Blixén</i> —Oloño	41
<i>Dorila Castell de Orozco</i> —La morocha	46
<i>Teófilo E. Díaz</i> —De Tax	47
<i>Nicolás N. Piaggio</i> —Sombras amigas	47
<i>Carlos Martínez Vigil</i> —De mi cartera	50
<i>Adriano M. Aguiar</i> —Kara-Koutié	53
<i>Carlos Reyles</i> —La raza de Caín	56
<i>Manuel M. Oliver</i> (argentino) y <i>Alberto Guani</i> —Cortesía literaria	59
<i>La Redacción</i> —Notas de redacción y bibliográficas	62
<i>Casimiro Prieto</i> (español)—Manchas de color	65
<i>María Eugenia Vaz Ferreira</i> —Primavera.	68
<i>Julio María Sosa</i> —La literatura india	69
<i>Vidal Belo</i> —Pontifical	74
<i>Carlos Martínez Vigil</i> —De mi cartera	76
<i>Carlos H. Mata</i> —Nigro Notanda Lapido	79
<i>Aida Parodi Uriarte</i> —Aves sin nido	82
<i>Javier de Viana</i> —Gurí.	83
<i>Otto Miguel Cione</i> —Almaviva	87
<i>Adriano M. Aguiar</i> —Kara Koutié.	91
<i>Martín García Canessa</i> —Hojeando LA REVISTA.	93
<i>La Redacción</i> —Notas de redacción y bibliográficas	94
<i>Juan Zorrilla de San Martín</i> —Salomón el rey	97

	PÁGS.
<i>Ruperto Pérez Martínez</i> —A Colón.	101
<i>José Ingegnieros</i> (argentino)—La última tempestad	104
<i>Ubaldo Ramon Guerra</i> —Sevillana	107
<i>Manuel Herrera y Reissig</i> —A una mujer selecta	108
<i>Manuel J. Sumay</i> (argentino)—Para Nina	109
<i>Francisco G. Vallarino</i> —En la floresta	110
<i>Benjamín Fernández y Medina</i> —Goyita	113
<i>Pedro Figari</i> —Conflictos de defensa.	120
<i>Teófilo E. Díaz</i> —Albums ó álbumes	122
<i>Bernabé Comes</i> —Resurrección	124
<i>Carlos H. Mata</i> —Nigro Notanda Lapido	126
<i>La Redacción</i> —Notas de Redacción	128
<i>Juan Zorrilla de San Martín</i> —El cantar de los cantares	129
<i>Manuel J. Sumay</i> (argentino)—Viñeta.	134
<i>Carlos Martínez Vigil</i> —De mi cartera	139
<i>Salvador Fornieles</i> (argentino)—A Grecia	135
<i>Julio Herrera y Reissig</i> —Conceptos de crítica	139
<i>Ruperto Pérez Martínez</i> —A Colón.	150
<i>Alejandro Lamas</i> —¿Será cierto?	154
<i>Adriano M. Aguiar</i> —Kara-Koutié.	156
<i>Florencio Otero Mendoza</i> —¡Famoso don!	158
<i>La Redacción</i> —Notas de Redacción	160
<i>José Ingegnieros</i> (argentino)—El delito como vínculo entre la ciencia y el arte	161
<i>Germán García Hamilton</i> —Noche primaveral	165
<i>Clemente Barahona Vega</i> (chileno)—Rosas churriguerescas	166
<i>Julio Herrera y Reissig</i> —La musa de la playa	169
<i>Santiago Maciel</i> —La lira silvestre	173
<i>Horacio Olivos y Carrasco</i> (chileno)—Nocturno	178
<i>Carlos Martínez Vigil</i> —De mi cartera	178
<i>Vidal Belo</i> —Caen las hojas	182
<i>Ricardo Sánchez</i> —La Venus de Milo.	183
<i>José Cibils</i> —Helénica	184
<i>Florencio Otero Mendoza</i> —¡Famoso don!	185
<i>La Redacción</i> —Notas de Redacción	188
<i>José Ingegnieros</i> (argentino)—El delito como vínculo entre la ciencia y el arte	193
<i>Alejandro Escobar y Carvallo</i> (chileno)—Nocturnal	197
<i>Vicente Nicolau Roig</i> —Un hombre de mérito	197
<i>Florencio Otero Mendoza</i> —¡Famoso don!	198
<i>José Cibils</i> —¡Excelsior!	199
<i>José M. Quevedo</i> (argentino)—A una mujer	200
<i>Felipe A. Oteriño</i> (argentino)—Divinidad caída	201
<i>Germán García Hamilton</i> —Modelos	203
<i>Manuel María Oliver</i> (argentino)—A la luz de la luna	204
<i>Julio Herrera y Reissig</i> —Conceptos de crítica	208
<i>José Cibils</i> —Visionaria	221
<i>Manuel A. San Juan</i> (peruano)—Mesembria	222
<i>De la Redacción</i> —Notas de Redacción	223
<i>Florencio Otero Mendoza</i> —¡Famoso don!	225
<i>Francisco A. Riu</i> (argentino)—En la cuna	230
<i>Manuel J. Sumay</i> (argentino)—Incógnita.	231
<i>Lázaro Pavía</i> (mejicano)—La Venus de California	233
<i>Moisés Numa Castellanos</i> (argentino)—La prueba.	235

ÍNDICE

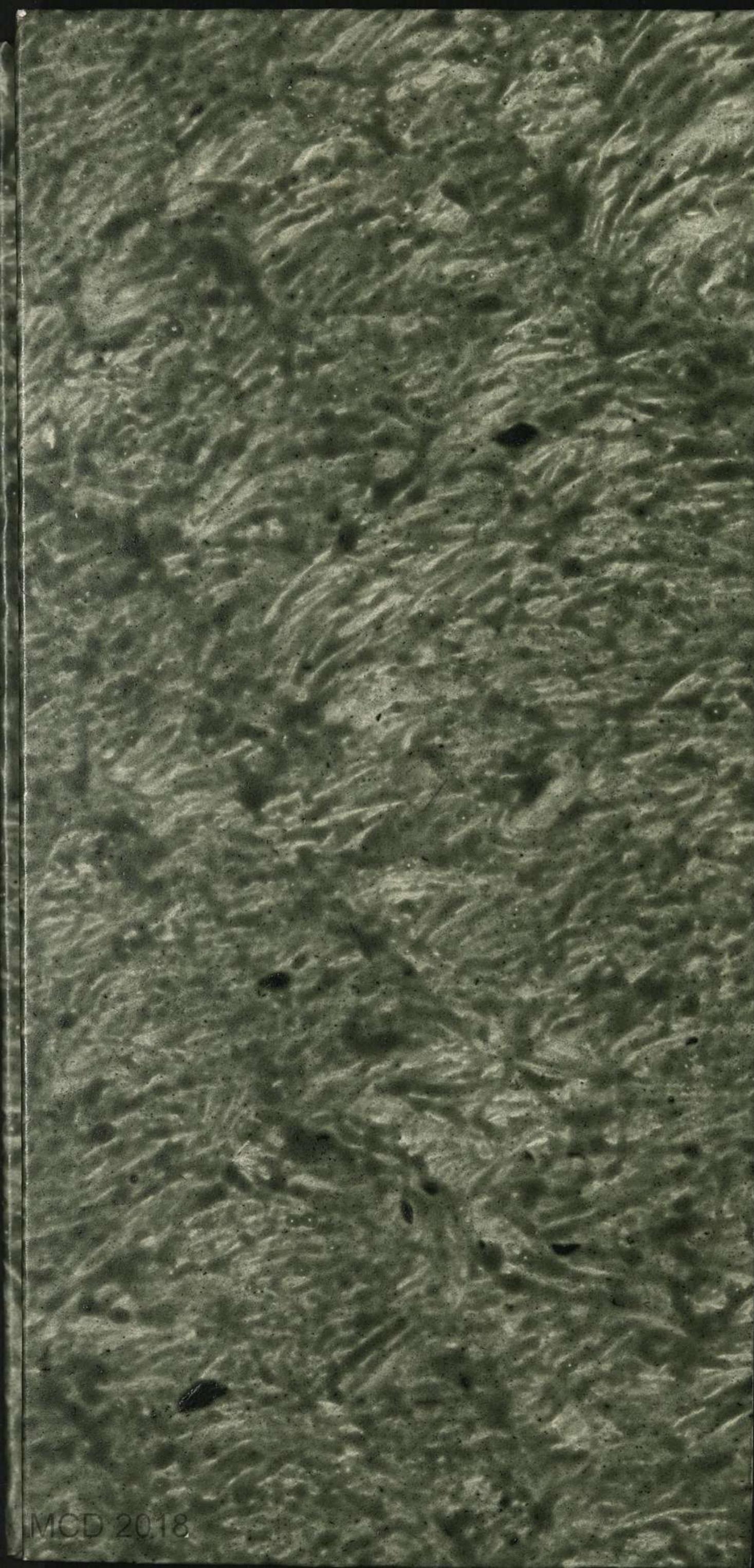
III

	PÁGS.
<i>Germán García Hamilton</i> —Rasgueos	235
<i>Joaquín R. Sánchez</i> —Una venganza	236
<i>Antolín R. Lassús</i> —¿Te acuerdas?	240
<i>Julio Herrera y Reissig</i> —Holocausto	241
<i>J. Barboza Terra</i> —Sobre « Gaucha »	242
<i>Salvador Fornieles</i> (argentino)—Montevideo	245
<i>Adriano M. Aguiar</i> —La tumba de los Mbáyas	246
<i>Oscar Tiberio</i> (argentino)—Canción de primavera	249
<i>Casimiro Prieto Costa</i> (argentino)—Sueños color de aurora	251
<i>Francisco Mostajo</i> (peruano)—Muertecito	252
<i>De la Redacción</i> —Notas de Redacción	254
<i>Benjamin Fernández y Medina</i> —Francisco Bauzá	257
<i>Oscar Tiberio</i> (argentino)—Página de oro	260
<i>Vicente Nicolau Roig</i> —Réspice	260
<i>José M. Quevedo</i> —La griega	261
<i>Florencio Otero Mendoza</i> —¡Famoso don!	261
<i>Manuel J. Sumay</i> —Acuarelas	264
<i>Alfredo Varzi</i> —Un amante inofensivo	267
<i>Felipe A. Oteriño</i> —En el circo	269
<i>José Cibils</i> —Fe	270
<i>José Pardo</i> (argentino)—Noche de amor	272
<i>Germán García Hamilton</i> —Espejismo	272
<i>Aureliano G. Berro</i> —Fidelidad	273
<i>Juan Picón Olaondo</i> —Fruto enfermo	274
<i>Renato Morales</i> —Pictóricas	282
<i>Ubaldo Ramón Guerra</i> —A su balcón	283
<i>De la Redacción</i> —Notas de Redacción	285









2

MCD 2018

MO